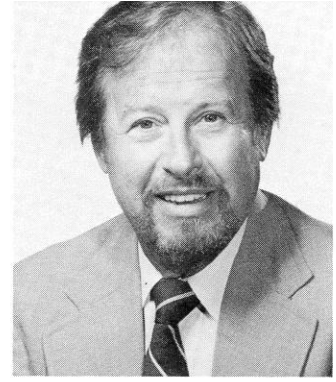
Commentario



Morris Miller

INVIRTIENDO EL FLUJO

AFRICA Y LA CRISIS INTERNACIONAL DE LA DEUDA

Morris Miller es un economista canadiense, antiguo director ejecutivo del Banco Mundial. También es autor del libro ***Coping Is Not Enough! The International Debt Crisis****, publicado recientemente por Dow Jones-Irwin, que examina, entre otros factores, los papeles del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional en la crisis. En este comentario de* ***Informa****, él explica la reciente preocupación por los problemas de la deuda de Africa y defiende el perdón inmediato a las deudas del Tercer Mundo como un primer paso para evitar la catástrofe económica internacional.*

A mediados de 1986, la deuda del Tercer Mundo pasó de un millón de millones*. Aunque la parte colectiva de Africa es sólo una pequeña fracción de ello, la comunidad mundial ha comenzado a prestar atención al desesperado predicamento financiero de este continente. A comienzos de abril, casi cinco años después del dramático amanecer de la crisis de la deuda, el Secretario General de la ONU, Pérez de Cuéllar, anunció el establecimiento de un Grupo Asesor sobre Flujo de Recursos en Africa, compuesto por 10 miembros. Su propósito es proporcionar y activar medidas para proporcionar ayuda inmediata a los países con problemas financieros de Africa.

Después vinieron las reuniones de mediados de abril del Comité de Desarrollo del Banco Mundial y del Comité Interino del Fondo Monetario que reunieron a los ministros de Finanzas del mundo, dedicadas en buena parte—para citar una fuente—a "un reexamen fundamental de la capacidad de Africa para sostener el peso de su deuda externa". Este ejercicio tenía como intención producir una acción en este sentido durante la cumbre económica de junio de los siete principales países industrializados.

Estas dos iniciativas siguieron de cerca dos movimientos del Banco: el establecimiento de facilidades especiales para el sub-Sahara africano, y su decisión de aumentar la participación de Africa en los préstamos de bajo interés de 37 a 50 por ciento, lo que equivale a $600 millones extras por año. Las facilidades especiales para las cuales se han anunciado ya $1.700 millones, aspiran a suplementar los flujos financieros hacia la región—con base en emergencias.

Dado que numerosas naciones deudoras en América Latina y Asia también luchan denodadamente, a menudo en vano, para responder por su deuda, conviene preguntar ¿por qué la mira en Africa? Después de todo, los mayores deudores están en otra parte. Brasil y México, por ejemplo, deben más de 100 000 millones, una suma mayor que la deuda combinada de todos los países africanos.

Además, es solo la docena o algo así de naciones deudoras en gran escala las que tienen el potencial de amenazar el sistema financiero del mundo. Sus confrontaciones con los bancos acreedores privados producen los titulares. La decisión de Brasil el pasado febrero de suspender sus pagos de servicio de la deuda es un buen ejemplo. Esta acción hizo temblar los centros financieros del mundo donde hubo incluso el temor de que se desatara una secuencia de cataclismos para el sistema financiero mundial.

Conciencia de la hambruna en Etiopía

¿Por qué entonces Africa?

En parte la respuesta tiene que ver con la conciencia de la hambruna en Etiopía. Imágenes descorazonadoras entraron a millones de hogares por la televisión y otros medios. Como el Sub-director Ejecutivo de UNICEF, Richard Jolly, señaló: "El desbordante apoyo popular apareció cuando el televidente ordinario vio lo que estaba pasando [y] a ello siguió el dramático cambio en las políticas y el apoyo oficiales".

La preocupación por el sub-Sahara africano puede, por tanto, ser vista como un grito de la conciencia—una vez que se abrió la ventana de la realidad trágica a una audiencia mayor.

Sólo se requiere un pequeño paso intelectual para extender la conciencia sobre la hambruna generada por la sequía en un país al predicamento de Africa como un todo, e incluir en esta letanía de infortunios el más sutil, pero no menos serio, "costo social" de la pobreza generalizada. El momento de conciencia creado por una emergencia como la hambruna, tiene que ser mantenido con el fin de asegurar una apreciación más amplia de los efectos trágicos que a largo plazo produce la profunda trampa de la pobreza en que están atrapados los africanos comunes.

Pero la cara de la pobreza no es tan dramática como la de la muerte por hambre. Hay muchas menos imágenes gráficas disponibles para mostrar al mundo exterior las consecuencias humanas de una inadecuada financiación para salud, educación, nutrición y vivienda.

La situación deteriorante de Africa se ve acentuada por la crisis de la deuda. Fondos escasos en extremo deben ser asignados al servicio de más de $4000 millones de intereses comprometidos anualmente por la deuda externa del continente. Las moras en los pagos llegan ya a más de 12 mil millones, o una quinta parte de su deuda de largo y mediano plazo. Los países deben desistir de importaciones esenciales para consumo inmediato, mantenimiento de infraestructura básica, inversión en nuevas instalaciones, y provisión de servicios básicos en los campos de salud, educación, vivienda, investigación y demás. Julius Nyerere, anterior presidente de Tanzanía, resumió el asunto cuando previno a los acreedores de que su gobierno y otros estaban siendo forzados a escoger entre pagar su deuda o dejar morir de hambre a sus niños.

Algunas estadísticas amplias sobre el sub-Sahara africano ilustran la situación actual. En la década de 1972, el año anterior al "shock petrolero", la deuda colectiva en la región creció de $7000 a $60 000 millones, casi 20 por ciento al año. Esto excedió por lejos el crecimiento en las ganancias e ingresos por exportaciones. El "shock de la deuda" de 1982 redujo drásticamente la *tasa de aumento* de sus préstamos, pero, desde luego, la deuda total siguió creciendo. Unos 30 países tienen ahora deudas superiores más de tres veces a las ganancias anuales por exportación. La importancia de esta proporción puede ser mejor entendida al anotar que, en promedio, estos países deben asignar 40 por ciento de sus ganancias por exportación al servicio de la deuda.

Transferencias negativas

El problema se ve exacerbado por el hecho de que la mayoría de esto se debe a gobiernos e instituciones multilaterales, es decir, al Banco Mundial y al FMI. En 1986, el FMI recibió de estos países africanos 400 millones más de lo que puso. Y esta transferencia negativa pronto se aplicará a las operaciones del Banco Mundial en Africa si no ha sucedido ya. El periodista canadiense Michael Valpy describió el problema gráficamente al observar que los líderes africanos han sido forzados a adoptar medidas que están "canibalizando a sus países".

El resultado se refleja en el frío registro estadístico: la producción alimenticia aumenta sólo a la mitad de la tasa del crecimiento poblacional; la manufactura contribuye menos del 10 por ciento al PNB de estos países y está estructuralmente en el mismo estado de desarrollo que hace un cuarto de siglo; el promedio real de los ingresos per

cápita ha estado disminuyendo en un 1 por ciento al año desde 1974. De la mitad a tres cuartas partes de la población subsiste con niveles de ingreso caracterizados por el Banco Mundial como "pobreza absoluta". Los países africanos tienen la triste distinción de exhibir las peores marcas en el "índice de miseria"—expectativa de vida, analfabetismo adulto y mortalidad infantil.

Así, los países pobres tienen que mantener un flujo neto de recursos hacia los ricos. ¡Resulta obvio, entonces, que 22 países del sub-Sahara africano hayan tenido que reprogramar su deuda un total de 87 veces desde 1975!

Es contra este telón de fondo que buscan hoy en día formas para proveer más capital a estos países. Pero los recursos financieros y de otro tipo proyectados y prometidos, tan útiles como puedan ser, no son suficientes para mantener los niveles de vida incluso a los intolerablemente bajos límites de hoy día. El Grupo de Trabajo para Acabar el Hambre en el sub-Sahara de Africa de la Casa Blanca de Estados Unidos, por ejemplo, calcula que se necesitarán $4000 millones extras al año. Esto es aparte de los $8500 millones que estos países esperan recibir anualmente y de la ayuda que presta la reprogramación de los $7000 millones requeridos para el servicio de la deuda.

Sería ingenuo creer que la conciencia sobre la inequidad en los arreglos presentes va a motivar a los países donantes a contribuir más. Las iniciativas de la ONU, el Banco Mundial y otras instituciones son más que una respuesta compasiva a la deplorable situación. Ellas constituyen también una alerta del peligro y una llamada de atención sobre las dificultades impuestas a la gente de estas naciones deudoras. Este sentido del peligro puede ser una fuerza poderosa puesto que refuerza la buena conciencia con una dosis fuerte de autointerés puro.

Una vez que exista amplia conciencia de que las condiciones desesperadas producen medidas desesperadas, cobra importancia toda una serie de futuras posibilidades. Entre ellas un dramático escenario que bien podría presentarse si algunos deudores se declaran abiertamente en mora o calladamente dejan de pagar sus obligaciones. Tales actitudes pueden provocar una cadena de eventos conducente al desastre económico. Para ese punto, el tema de la deuda tendría que haber ganado la atención mundial—pero ya demasiado tarde para medidas preventivas.

El perdón de la deuda es un paso inmediato. Si no se hace deliberada y abiertamente, sucederá a las buenas o a las malas.

El enfoque actual para manejar la deuda, desde mi punto de vista, está ayudando a incubar el escenario del drama. El enfoque puede ser descrito como una replanificación de la deuda por varios años y caso por caso, en el cual la porción sin pagar del interés debido por la deuda se agrega al total, una práctica conocida como "capitalización" del interés. Así, la deuda de todos los países en desarrollo es ahora astronómica: más de un millón de millones, comparada con unos $700 mil millones a mediados de 1982. Durante este período, sin embargo, las condiciones de vida en los países deudores se han deteriorado. Es como si los deudores fuesen forzados a subir por una escalera eléctrica de bajada. Ellos están cansados o desestimulados. A medida que la voluntad de pagar la deuda se mengua cada día, la situación se hace más frágil e insostenible.

Aun así, no hay luz al final del túnel, ni esperanza. Los precios mundiales de las exportaciones de artículos, en términos reales, continúan a niveles subinferiores. Los mercados de exportación están estancados o en disminución. Las barreras proteccionistas en los países industrializados crecen cada vez más. Para impedir el dramático resultado que estas tendencias hacen cada vez más probable, los ciudadanos votantes de los países acreedores deben estar concientes e informados. Ellos deben usar sus votos para traducir esa preocupación en políticas oficiales de ayuda sostenida y otras relacionadas.

Como primera medida, el flujo de recursos debe volver al patrón tradicional—de los ricos a los pobres. El perdón de la deuda es un paso inmediato. Si no se hace deliberada y abiertamente, sucederá a las buenas o a las malas. Es más un asunto de cómo que de cuándo.

Cambios en la equidad de la deuda

La terca resistencia de los banqueros comienza a resquebrarse. Los bancos han comenzado a rebajar el valor de los préstamos al Tercer Mundo y a venderlos a precios bien reducidos. Esta rebaja toma a menudo la forma de cambios en la "equidad de la deuda" en que el banco vende préstamos en descuento a cambio de cuotas en compañías del país deudor.

Y hay otras propuestas que también rebajarían el valor de las deudas de una forma organizada equivalente a una contribución de los ricos a los pobres. Tales propuestas se basan en que la transferencia negativa debe ser invertida de inmediato y en que el flujo positivo hacia los países deudores debe comenzar a gran escala. Esta inversión es apenas una condición para la recuperación global, pero es esencial y apremiante.

También es esencial que los recursos disponibles, financieros o de otros, sean usados más efectivamente. Se debe prestar atención especial a una serie de factores, siendo dos de los más críticos la capacitación y la investigación. Ahí es donde organismos como el CIID pueden jugar un papel importante en la escena global.

En el mundo de hoy día no hay excusa para la pobreza del mañana. El sub-Sahara africano es un reto tentador en su forma más extrema. Las esperanzas de pasar del alivio de la deuda a la eliminación de la pobreza puede ser considerada optimista. Cualquiera que sea el juicio sobre esto, se reconoce ampliamente, que los arreglos actuales no son sostenibles y que una crisis profunda y amplia, de la cual el problema de la deuda es apenas una manifestación, impondrá cambios profundos sobre todos nosotros.

El dolor del "ajuste" que se pide no puede estar localizado por mucho tiempo en un mundo interdependiente como el nuestro. Debe ser voluntariamente compartido por otros.

*Todas las cifras son en dólares de Estados Unidos. ■